

Murcia: Un mes . . . UNA peseta.  
Resto de España un trimestre 3'50 Id.

Precio de la venta

5 céntimos ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:

SELGAS, 4.—MURCIA

# El Demócrata

## DIARIO DE LA TARDE

Año II

MURCIA.-Jueves 19 de Septiembre de 1907

Núm. 328

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES  
A PRECIOS SEGUN TARIFA

TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS

DEBEN DIRIGIRSE

Al Director Gerente

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALS

### Anomalías españolas

Aún no se han abierto las Cámaras y ya los Ministros comienzan a pensar en la época en que, para descansar del abrumador trabajo que no tienen, forzosamente habrá que clausurarlas otra vez. Algunos proyectos planeados, tendenciosos quizás a producir grandes perturbaciones en la vida nacional, se presentarán para su aprobación en los momentos primeros y después, así que se hayan legalizado, con la equiescencia de todos los personajes conservadores, se darán al pueblo, para que los guste y conozca por experiencia de lo que son capaces los partidarios de Maura cuando se proponen cometer desatinos. Hasta aquí, aunque por estilo deplorables, no han hecho nada más que cosas medianas; pero ahora, hallándose los Ministros en la plenitud de sus facultades destructoras, veremos cosas buenas, cosas que sobrepujen los pensamientos de los más exagerados y que hagan comprender a la nación hacia que fin tiene la obra demoleadora de esos reaccionarios con disfraz.

En todo el tiempo que llevan en el gabinete, bien considerada su gestión, nada bueno, nada estimable, nada provechoso se encuentra. Parece que tenían decidido interés en hacerlo mal y con arreglo a ese propósito han ido laborando, hasta salirse de la suya. Las energías que podían muy desahogadamente haber empleado en pró de la nación y del progreso, las han gastado en probarnos de manera cumplida que no pueden hacer nada beneficioso, porque para eso se necesita voluntad y corazón y ellos carecen de ambas cosas. Si en vez de haber torcido el camino, prosiguen la ruta marcada, esto es, cumplen con los más rudimentarios deberes que tiene todo gobierno, el aplauso popular quizás los hubiese sorprendido en mitad de su obra, alentándoles para proseguirla sin cansancio; mas erraron el camino y las censuras, uniéndose unas a otras, no han cesado un momento de alcanzarles, poniendo en sus oídos acerbas reprimendas y justísimas protestas.

El camino mejor, intransitado hasta aquí por los conservadores, ofrece bellas perspectivas a los políticos sinceros, de alma generosa, a los políticos que tienen el corazón abierto a todo lo que dignifique y engrandezca, a los políticos que no viven para la injusticia; mas claro es que para los políticos de alma de murciélago, de corazón inaccesible a los sentimientos de justicia están ocultas esas bellezas, que refrescan el espíritu y producen el ansia de engendrar cosas buenas, útiles y provechosas. El día en que conocida y explorada la ruta que lleva al progreso y al mejoramiento social los ministros españoles no dejen la senda, veremos todos hasta que punto era excelente y hasta que punto nos convenía.

Las vacilaciones, los temores, las desconfianzas y los miedos, en lugar de contribuir a causas nobles y duraderas, lo que hacen es producir desconcierto arriba y engendran por lo tanto las medidas absurdas. Para lograr lo que deseamos, para que el pueblo recobre sus derechos perdidos, hay que remover cielo y tierra, afirmando la personalidad del país. El día en que se consiga eso, a la vacilación en un Ministerio podrá responderse con un empujón, derribándole y poniendo otro más firme. Sólo hay que dignificar el pueblo para conquistar el derecho que perdimos. Cuando veamos triunfante la justicia, es que la nación habrá recobrado su personalidad verdadera.

### PLUMAZOS

Incomprensibilidades españolas. Acostumbrados como estamos a lo innecesario nos causa repugnancia aquello que tienda a un fin a todos beneficioso. El utilitarismo, oculto o declarado, se nos presenta siempre como un medio para hacer más penosa nuestra esclavitud; nada más. Rebeldes francamente a todo lo que signifique regeneración, desaprobamos con aire de convencidos lo que a ella se encamine, poniendo de intento los obstáculos posibles para hacer más problemática la realización del gran empeño.

España, que no ha cambiado desde tiempos prehistóricos, no ha variado en nada el carácter de los españoles. La evolución, ese gran paliativo para los males en las naciones enfermas, no ha acabado aún con nuestras tonterías inveteradas. Continúan siendo los mismos que asesinan en nombre de la religión y que hablan de progreso prohibiendo la lectura de obras científicas. El Juan Español de hoy, atento solamente a las peripecias de una corrida de toros, no se diferencia en mucho del otro Juan admirador declarado del exorcizador de Carlos II el Hechizado.

Así y todo seguimos hablando de saneamiento nacional. Regulando nuestros actos a la costumbre hasta aquí seguida hallamos un gran placer en equivocarnos de dirección nuestras lamentaciones y en hacer culpables de la desgracia de todos a quienes no la tienen ni por asomo. Los despropósitos, que asentarán sus reales en España apenas el uso de razón nos llevara a usar de los medios irrazonables, apoderarse en definitiva de los españoles. Ya ni siquiera hay que tomarse el trabajo de rodear de salvaduras una afirmación absurda; se da como indubitable y todos la dan crédito con la mayor buena fe.

El decaimiento potencial de la nación nos ha llevado varias veces a la rebeldía por esa misma falsa explicación hecha del mal. A fuerza de culpar a unos cuantos de la obra de todos acabamos por creer únicamente en la agena. Y entonces nos incomodamos tomándonos por la tremenda.

A los españoles puede hablárseles de la celebración de una corrida de toros; de algo que nos afecte directa y grandemente, no, ni a tiros. A ello se opone la cuerda manera de pensar en lo por venir que hemos adoptado.

Y a vivir...

NAZARIN.

### De Literatura

«Versos de Abril» por Leonardo Sherif

Es indudable que una reacción fecundamente favorable viene operándose en nuestra literatura. El modernismo se impone victorioso; y preséntase bajo un aspecto tan simpático, tan galanamente bello, tan presumido, pudiéramos decir, pero con esa presunción humilde que da el conocimiento del propio mérito, que nada le importa el mal decir de los no se sabe si envidiosos o caritativos. Los padres de este resurgimiento floreciente de las letras, que han dado en llamar modernismo, Valle Inclán, el de las frivolidades bellas, Francisco Villalpessa, el de la impecable prosa, inimitable rítmica poesía mística, los hermanos Machado, los del clásico gongorismo, han visto nacer a su conjuero una adolescencia admirablemente precoz; que adoradora les sigue ávida de embellecer las arideces de la filosofía, anhelos de ceñir a las siete los lauros inmortales que da el trabajo, sin retroceder jamás ante las vaciedades de Aristarco enuncias a trueque de conseguir su idea: la de flexibilizar la lengua castellana, de dotarla de un decir más airoso y correcto, de elegantizarla en fin.

Parece que ante el número de modernistas que surgen audaces y pertrechados, los que antes insultaron a los felices promotores, han descendido humildes y cabizbajos del estrado académico en que por ofuscación y limitado intelecto se habían colocado, y, ya arrepentidos, dirigen los ojos a quienes motejaron innovadores descabellados e ignorantes, con la cortedad y el miedo del pequeñuelo que huye del hogar paterno al cometer la primera falta, vuelven a los que son continuadores de la tradición clásica de nuestras letras: a los modernistas...

A esta falange victoriosa y brillante pertenece un niño de dieciséis años, que ha poco empezó a darse a conocer por el vigor de su precoz talento en multitud de trabajos, que han asentado definitivamente su planta en el campo de la literatura al publicar su libro «Versos de Abril», motivo primordial de estas impresiones que tienen la osadía de aspirar a artículo.

¿Qué puedo decir del soberbio libro de este poeta imberbe? ¿Ni cómo encomiarlo después que Villalpessa le ha precedido en un prólogo? Si no fuera por la admiración y simpatías, que aún sin conocerle me inspira el jóven poeta, a buen seguro que yo callara; que el silencio a veces es elocuente; me inspira admiración su decir galano y su profunda filosofía de la vida, y simpá-

lia, porque, aunque de un poco más edad que él, en los dos alienta sangre moza, y los dos aspiramos a vivir en las culturas.

El que lea «Versos de Abril», admirará la asombrosa precocidad del Sherif, poeta, la brillantez de los pensamientos picaros; el pudoroso velo literario que envuelve las malicias, su elegante expresión en que se retrata su espíritu todo. Canciones picaras es de lo más bonito que ha escrito la juventud actual; algunas como la que transcribo, dan muestra de un talento impropio de la edad del poeta.

Hay una serrana de junto al molino de Santa María á quien yo dí un beso en clara mañana yendo en romería. Grandes son sus ojos, rosas sus mejillas, menudos los dientes, los labios muy rojos siempre sonrientes. Tiene el cuello blanco, tiene blanco el pecho, lo demás, no digo:

Fué junto al barranco, nuestro rublo lecho espigas de trigo.

La Moza de Cantaro, la chicuela que camino de la fuente afora el beso y el recuerdo martirizador del amante que la abandonó ingrato, son un modelo de sentimentalismo y de gracia inspirables.

Y nada más. Yo conjuero al jóven poeta que siga el camino emprendido con el cariño que hasta ahora; en el que le auguro triunfales éxitos y ruidosos aplausos. Y vosotros que desprecupados leís por estas líneas, abridle los brazos a este niño que ha penetrado en el mundo de la literatura con la arrogancia y los bríos del talento.

«La Hora Romántica» por Fernando Fortún.

Me han negado que Fernando Fortún sea poeta romántico. Yo he abierto su libro y he leído:

.....Muy cerca de mí ha pasado por el parque en primavera como una visión postrera que al sentirse se ha borrado.

En el ambiente ha sonado su vieja voz cual si fuera una canción que dijera algún dolor ignorado

Corrían entre las flores los niños... Los ruiseñores entonaban su cantar...

Y esa aparición ha sido para mí como un perdido amor que he vuelto a encontrar.

¿Está demostrando que el romanticismo clásico es innato en Fernando Fortún?... Todos han callado. Y yo he disertado así sobre poco más ó menos.

No sabemos como, el poeta de dieciocho años, que acaba de publicar el libro «La Hora Romántica», ha podido en su corta edad adquirir ese caudal inmenso de bella filosofía. El que lo haya leído, habrá comprobado con que refinada y exquisita elegancia en el decir, comunica sus pensamientos poéticos al corazón de sus lectores, haciendo que vibren una por una las cuerdas de este, al unísono de la melancólica gravedad de sus sentimientos.

Yo he saboreado y saborearé tantas cuantas veces pueda el libro de Fortún: porque cada vez que paso mis ojos por las cinceladas estrofas de su poesía moderna, mas motivos encuentro de admiración y mas hondo su sentir. Es ciertamente para estar perplejo, estudiándole el saber.

Si siendo viejo es él un niño. ó si siendo aún un niño es él un viejo.

¿Quién ha leído á Fortún y no han surgido ante él sonrientes, plácidas visiones de la lejana primera infancia? ¿Quién no ha recordado el febril ardor de aquel cariño sentido, queriéndose estrellar en los rojos labios de hermosa niña á quien declaramos incipiente, nacido amor? ¿Quién no ha traído á la memoria la casa con frondoso jardín, en que vimos la primera luz, nos invita aún á aspirar la fragancia de sus irisadas y esbeltas flores? las meriendas al languidecer de una tarde primaveral, junto á la fuente en que rie el agua al caer en el tosco pilón ó el galgo amable compañero inseparable de papá en sus cacerías matinales?...

Fortún puede vanagloriarse de su obra. Ha conseguido la misión del poeta, el que sus poesías penetren hasta el fondo del alma, y que allí dejen la fragancia de la primera edad, y que se sobrepongan para siempre á los maledicios que por doquier nos circundan.

Estas líneas las escribo de propio impulso, por el cariño que me inspira este jóven, que es uno de mis poetas modernos.

El libro merece ser recomendado eficazmente. Yo espero que no quedará literato alguno que deje de leer «La Hora Romántica», de este poeta novel, que de seguir por ese camino dejará impreso su nombre ilustre en el cuadro de la hermosa literatura patria.

M. F. SARRASÍ.

Madrid.

### DIORAMA MADRILEÑO

Dulzuras madrileñas

Los madrileños no podemos quejarnos de carencia de diversiones. Todos los días, á cualquier hora, tenemos siempre algún acontecimiento de que echar mano para sobrellevar con calma las monótonas horas que soporlamos sin acontecimientos políticos.

El escepticismo, poco arraigado aquí, pues el que más y el que menos cree en algo, jamás hará que varíemos de condición. Únicamente nos producirá un cambio estimable, que nos beneficiará por partida doble: variar nuestra regocijada y burlesca ironía en una implacabilidad desdeñosa hacia los taumaturgos de la política por sus nefastas obras.

A la hora presente, ya que no tenemos de qué indignarnos en materia de «galeotes», podemos reír con las desgracias que vienen azotando á la villa y corte, como si no fuese bastante la de tener un Ministerio conservador. La mala sombra que nos persigue y que no cesa de ensañarse en nosotros, no sabe cómo producir alarma, y hoy se asusta sin motivo á los tenedores de la Deuda, haciéndoles creer en una falsificación monstruosa de tres series, mañana un incendio lleva la consternación á un barrio, causando grandes dolores y angustias, y pasado mañana, quizás una intoxicación bestial matará á cien, á doscientas ó trescientas personas por no cumplir con su deber las autoridades, mientras los Ministros, pensando en cosa de más monta, discuten con plétora de datos, con admirables argumentos, con razones pasmosas la inmortalidad del cangrejo y la mezquina asquerosidad del cuerpo humano, que no permite la digestión de los alimentos adulterados á conciencia, pero sin conciencia.

Madrid, que no es castillo famoso ni arde en fiestas, á pesar de cuantas exageraciones se cuentan, está abandonado de las autoridades, sin hombres que cuiden por la salud del vecindario. Aquí todo nos pilla de sorpresa, todo se produce inevitablemente. Eso que se narra respecto á que gozamos de una exquisita vigilancia, que se come todo en excelentes condiciones, que no hay nada que temer de la gente maleante, es un cuento de «Las mil y una noches». Madrid, más que ninguna otra población, carece de lo más necesario. Cuantos vivimos aquí tranquilamente y todavía no hemos saboreado las delicias de una intoxicación ó de una puñalada, de un robo ó de un atropello, podemos considerarnos como los seres más felices de la creación, como las personas más dichosas que comen á mantel.

Los acontecimientos desagradables están á la orden del día y obedecen como á un plan preconcebido de antemano; de tal manera se producen. Como hemos suprimido la casualidad desde que nostraciónó llevando á Maura al poder, ahora consideramos estos sucesos bajo un prisma diametralmente opuesto; y si antes creíamos en coincidencias sensibles, hoy pensamos en un negociado superior encargao lo de amargarnos la vida y de hacernos insufrible la poca libertad que gozamos desde que el absurdo se hizo ley por obra y gracia del famoso mallorquín y del eximio murciano.

Ayer, hoy y mañana, mientras subsista el desbarajuste reinante, el mal irá en peor, acabando la demoleadora y fatal obra que comenzó con la subida de Maura al poder.

Ya no sólo las alarmas asustan en los centros de contrataciones y ventas públicas; ahora, repercutiendo en los más hondos senos de las industrias madrileñas, traen los capitales, amedrantan á los hom-

bres emprendedores y producen una atonía tan grande en los negocios, que poco á poco se inicia una desconfianza muy explicable y se llega á inspirar temores de que el craac más espantoso, el craac más inevitable arriue á muchas familias y dé un golpe de muerte al comercio madrileño.

Para arrostrar la situación, vencidola, no se puede contar más que con la pujanza y virilidad de los negociantes madrileños; si hubiese que pensar en el gobierno, desde ahora, sabiendo lo que acontecería, podríamos rezar por cuantos aventuran su capital en negocios de resultados problemáticos.

En Madrid, donde hay tantos encumbrados por los madrileños, existen muy pocos que se preocupen por la capital á la que deben cuanto son.

HÉCTOR DE CASTRO.

Madrid.

### CARTAGENA

Desgraciadamente, decía en mi crónica de ayer que el crimen oculto varios días, tal vez cansado ó aburrido de su inacción, había salido á luz con toda su bárbara fiera; los hechos, por desgracia demuestran la veracidad de mis palabras.

Aún estaba latente repercutiendo le boca en boca el drama de anoche, desarrollado en el centro de esta ciudad que se llama y es llamada culta, y que tiene el alto honor de que su nombre hay pasado las fronteras citándose como modelo de cultura y caridad, cuando otro drama, ó espectáculo sangriento, ó crimen, ó como quiera nombrársele, ha venido á empañar con su color rojizo, las hojas de la historia negra de esta población, que ostenta con orgullo el número nueve entre las principales de la progresiva España.

Esta tarde á las cinco, y en un sitio no menos céntrico que el de anoche en la plaza de la Constitución, ha vuelto el acero homicida de un criminal de pésimos antecedentes y vida maleante, llamado ó mejor dicho apodado el «Gurugú», á clavarse en el pecho de un hombre honrado, de excelente conducta y mejores condiciones, que presta sus servicios como maquinista conductor en el tranvía que hace el recorrido de esta villa á La Unión, y que en aquellos momentos regresaba de cumplir su misión en el trabajo.

Al cruzar por la antedicha plaza, entró en un establecimiento situado en la misma, y á la salida de él se encontró con el agresor, que sin mediar palabra (como hacen esos matones de infame ralea) lo agredió con un cuchillo que sapultó en su pecho, no repitiendo la suerte, gracias á la intervención de un guardia (que siempre llegan tarde) y del público, que lo impidieron.

El valiente (ó cobarde asesino), realizada su hazaña se dió á la fuga, sin que hasta esta hora (6'30 L.) haya sido capturado.

Nadie como las autoridades están llamadas á vigilar é impedir por cuantos medios estén á su alcance estos dramas de sangre y luto; pues de seguir repitiéndose con tal frecuencia, llegará un día en que el ciudadano pacífico, no tendrá seguridad de cruzar tranquilo las calles céntricas en pleno día, ó tendrá que ir revolver en mano, pidiendo el quién viva á esos chulos y matones de oficio, que para vergüenza pública patrulan por esas calles haciendo alarde de perdonar vidas.

EDUARDO PÉREZ.

18-Septiembre-1907.

CUENTO

### El Embargo

Una fría mañana del mes de Noviembre Mateo Rapax, escribano del juzgado de Braucón, metió en un carrocho de alquiler arrastrado por una jica, seguida el interminable y tortuoso camino que conduce á la Magdalena. Tenía que apresurarse si quería ejecutar, antes de que la nieve bloquease todas las comunicaciones, un embargo contra un tal Rivet, cuya primitiva deuda de doscientos francos casi se duplicaba gracias á las costas del juicio.

Menudos copos de nieve comenzaron á humedecer el campo. —¡Demonio!—exclamó Rapax.